

## **ASUNCIÓN LÓPEZ CARRETERO**

### **Amor al sentido**

Desde hace algún tiempo vivo una práctica de relación con algunas mujeres de Duoda.<sup>1</sup> Son relaciones que, a la vez que crean un espacio en mi interior o sentido de mí misma, me abren de otra forma a mi relación con el mundo y así la realidad adquiere nuevos contornos. Desde siempre había intuido la diferencia de los sexos, mi diferencia, pero atrapada en los diferentes discursos y sobre todo en el imaginario que rodea a la terrible madre nombrada por el patriarcado de la que muchas de nosotras quisimos huir, no lograba dar crédito a mis intuiciones ni avanzar.

La necesidad de este salto nació en mí en 1997 en el transcurso de unas Jornadas sobre coeducación.<sup>2</sup> Me parecía que no salíamos de un círculo vicioso, que nos revolvíamos contra algo que a la vez nos engullía.

Desde entonces a ahora han nacido en mí nuevos significados que me proyectan una realidad, que aún con luces y sombras<sup>3</sup> me da sentido y medida de lo que acontece en el mundo educativo. Por eso he aceptado la invitación de Remei para hilvanar en este texto algunas vivencias que desde mi experiencia y mi relación con otras educadoras me abren a la riqueza y a los conflictos que transcurren cotidianamente en nuestro hacer escuela. Así puedo hablar en primera persona y reconocer algo que ya estaba ahí esperando ser

nombrado.

Había algo en este tema que me hacía fractura, que me hacía perderme en el desorden del final del patriarcado. Es que a mí – y a otras – nos gusta vivir en la armonía que surge del deseo y la necesidad, en la experiencia de relación que se inicia al venir al mundo; de la relación amorosa que crea un espacio de creación y recreación de vida. Creo que por esto me resulta difícil hablar de conflictos en educación. Tomo prestadas las palabras que Ana Mañeru dijo en un encuentro que compartimos: "Me pareció entonces – y ahora lo veo más necesario – que hacer un gesto mediante el cual nos desplazamos del simbólico patriarcal al simbólico de la madre es lo único que tiene eficacia ante tanta violencia. Por esto dar sentido donde no lo hay es lo que puede poner orden en una cuestión que cada día nos golpea con su sinrazón. Me parecía insensato utilizar palabras como 'luchar', 'combatir' o 'eliminar' la violencia. Buscando cómo significar lo que quería decir, caí en la cuenta de que, encerrada en las palabras que están asociadas a la violencia, sólo hablaba de eso, de la violencia y me quedaba sin salida. Y así me di cuenta de que de lo que teníamos que hablar era de relación, no de violencia".<sup>4</sup>

Me propongo, desde esta mirada de la relación educativa como relación amorosa, desenredar algunos hilos que nos permitan acercarnos a lo que verdaderamente deseamos. La vida nos regala con unos cuerpos abiertos a otras vidas. Por eso, en la experiencia femenina, lo otro está siempre presente, real o simbólicamente. "Pues la mujer lleva dentro un más de alteridad, que hace que sea ella y no ella, ya que quien tiene presente a lo otro no puede ser completamente sí misma, toda llena y centrada en sí".<sup>5</sup>

Las mujeres siempre hemos estado comprometidas en la tarea civilizadora, más allá y antes de la escuela, de forma que siempre hemos vinculado vida y palabra. Sin embargo ese más, que es una riqueza, también nos hace vulnerables y por eso se deja sentir en la

escuela un cierto desasosiego, una inquietud que he compartido y comparto con madres, compañeras y amigas. Los cuerpos se tensan, los deseos se acallan. Algo no va bien y las palabras con que se nombra a menudo ese malestar nos encierran en una cárcel simbólica que nos hace culpables o víctimas y de la que es difícil salir. Y ello crea inevitablemente repetición. Además negativiza la práctica de las escuelas, puesto que apenas aparecen otros aspectos positivos como los que vivimos cotidianamente y que hacen que la escuela siga siendo para nosotras una fuente de vida y sensatez.

No quiero, no queremos renunciar a nuestra tarea educadora, ni material, ni afectiva ni simbólicamente. Ni tampoco queremos vernos reducidas a objetos de los diferentes discursos políticos, científicos, pedagógicos. La vivencia de estas sensaciones, de estos sentimientos de peligro provocan emociones confusas, hostilidad, desencanto, decepción, desaliento, miedo a sentirnos desbordadas. Todo este cúmulo de sentimientos me sugirió una pregunta: ¿qué es lo que mueve nuestro deseo de abrirnos a la educación "reglada" y a la vez nos crea conflicto? ¿Dónde radica este desencuentro?

### **El lugar de la maestra**

La relación educativa es una relación amorosa. ¿Por qué hago esta afirmación? Cuando nos encontramos madres, amigas, educadoras, nuestras conversaciones giran en torno a la educación, pero poco a poco nos vamos acercando a lo que es el núcleo de nuestro sentir. Lo que nos preocupa verdaderamente es la relación, la relación viva con las criaturas humanas, porque sabemos que si la relación falla, algo importante se pierde, se pone en peligro el sentido de sí. Sabemos que cuando queda bloqueado el intercambio dador de vida con los otros, resulta un deterioro grave del sentido de sí y de la capacidad para el placer.

He oído numerosas veces a educadoras preocupadas por no aten-

der a lo esencial en el desarrollo de las criaturas: "No sabía cómo decírselo (se refiere a Celia, una alumna) que, aunque se había esforzado, su trabajo era malo". En esta preocupación se nombra esa atención a lo singular, esa acogida de la que hablaba Milagros Rivera<sup>6</sup>, algo que es tan cierto y verdadero en el simbólico materno que, a veces, ni se nombra.

¿Desde dónde brotan estas palabras? El lugar en el mundo que la educación ofrece a cada criatura está en relación con nuestro lugar como mujeres. ¿Pero existe un lugar en la educación "reglada" para la fuerza y la libertad femeninas? Decididamente no está previsto y aquí es donde emerge una cuestión delicada de orden simbólico. Me apoyo en las palabras de María Zambrano:

"La mirada con que una mujer se mira a sí misma es diferente de la mirada del hombre. Para la vida humana es necesario saber algo de sí, pero el hombre adquiere casi siempre este saber en forma de idea o definición (la definición es la forma típicamente masculina del conocimiento). La mujer suele verse vivir desde dentro, sin definición de una forma directa, prescindiendo del personaje que el hombre necesita crear para verse vivir a partir de una idea o un personaje. Es femenino verse vivir desde dentro, como si la mirada proviniese de un centro situado más allá del corazón pero siempre encarnado".<sup>7</sup>

Para mí estas palabras nombran lo que yo entiendo por armonía, por amor al sentido más allá de lo previsto, de lo codificado. Por eso la pérdida de simbólico es el peligro. Ya que no se trata sólo de un acceso por parte de las mujeres a esferas de poder inicialmente masculinas, sino que se trata de que, al no tener cabida significados más allá de lo codificado, se nos despierta el temor de no hacer decibles nuestras experiencias, miedo a que nuestras mediaciones no funcionen. Y ese temor nos puede llevar a no escuchar ese vivir desde adentro y confundirnos con los pedazos que llegan a la escuela, en forma de conflictos vivos y encarnados, de un orden que ya no tiene credibilidad para nosotras. Y es que las huellas masculini-

nas que aparecen en el declive del patriarcado hacen que el dominio opere a través del ideal cultural, el ideal de la racionalidad, el ideal de la individualidad, demasiado presentes todavía en nuestras aulas. Paradójicamente, estos ideales no son monedas de intercambio, en el final del patriarcado, en donde prima lo inmediato y en donde todo puede ser objeto de mercado. Sin embargo, se presiona a la escuela para que sostenga estos ideales.

Las palabras de algunas de nosotras manifiestan esta vulnerabilidad en la que nos encontramos, cuando aparece una pérdida de simbólico en la relación educativa. Porque estamos situadas en un no-lugar. El lugar ha de ser creado por nosotras mismas, es el lugar del vínculo educativo. (*"¿Soy maestra o hago de maestra? No sé, no sé si mis alumnos aprenden" "Tengo buena relación con el alumnado. Me consideran recta y cercana a la vez, porque establezco relación personal. Pero a veces he sido demasiado tolerante"*).<sup>8</sup> Estas son algunas de las dudas que yo misma y otras compartimos a veces. En cambio cuando el pensamiento surge desde dentro, no desde fuera ni del personaje que nos han creado, estoy, estamos más en condiciones de acoger el deseo del otro, de relacionarme, de mediar entre alumnas y alumnos en mediaciones directas, vivas. La práctica de relación de la diferencia sexual me ha enseñado que se trata de hacer circular autoridad femenina como forma de intercambio, en el sentido de ser autora, de ser mediadora, de saber partiendo de una misma. De escucharse a una misma a través de escuchar a las demás, de decir: "Soy maestra y tengo una medida propia y original en relación con otras".

Por eso hablar de amor en la relación educativa es dar un salto de sentido en nuestras prácticas educativas, es colocar la relación como lugar simbólico central en esta experiencia de dar y recibir.

"La práctica de la relación no es una categoría empírica. Es una expresión simbólica que ilumina la realidad histórica y presente cuando tomo conciencia que tiene en mi propia vida; o sea cuando

tomo conciencia de que mi historia no se compone de episodios que relatan las vicisitudes de “mi yo frente al mundo”, sino las vicisitudes de mi yo en el mundo mediadas por la relación con la otra o con otro, más a menudo con otra que con otro” .

“Las relaciones de que hablo son relaciones civilizadoras- no de poder y dominio- que aparecen en todas las épocas, creando y recreando y sustentando la vida y la cultura. Son relaciones que no se dejan objetivar, ya que en ellas interviene el amor y el amor no se lleva bien ni con el positivismo ni con el paradigma de lo social”.<sup>9</sup>

Por eso, en mi experiencia, en mi historia, la apertura a ese lugar-otro, a ese otro distinto de mí siempre está presente y de ahí el placer y el sentido que encuentro, que encontramos en educación.

Desde esta mirada de autoridad mediadora y amorosa, la educación tiene algo de alumbramiento, de fecundidad, de acompañamiento, pero también de medida. La medida que surge del deseo de compartir, de vivir con el otro. La medida que surge de hacer mundo en relación. Por esa cualidad de transformación de sí a través de la transformación del otro, la educación siempre conmueve y mueve nuestros sentimientos de una manera profunda cuando estamos comprometidas en ella.

## **El peligro de la apertura**

¿Por qué entonces ese interés de la educación “reglada” de romper el lazo con la madre?. La escuela no significa la continuidad de la obra civilizadora de la madre sino la ruptura de ese lazo, lo que se simboliza por la centralidad de la “razón” como usurpación del acto de crear, y la autonomía como ruptura de vínculos asociada al progreso; en lugar de colocar en primer lugar la aceptación, el amor que significa vida y existencia, y, como consecuencia de ello, la cultura, el pensamiento para continuar ese camino de vincularnos y

desvincularnos del origen pero sin romperlo.

Por eso, comparto y vivo a menudo una sensación de inquietud, por esta ruptura de vínculos, siento que roto el lazo con la autoridad mediadora la escuela se mueve a la deriva. Algo de la cualidad simbólica de las relaciones está amenazado y siento esa amenaza en la forma en que se nombran los conflictos y cómo se abordan desde esa ruptura.

La mayoría de conflictos que aparecen en las instituciones marcan un vacío de sentido en las relaciones con el saber y con las personas, vacío que genera violencia, porque es tratado desde el poder (programas, contenidos), la norma (notas, evaluaciones), o la exclusión (grupos y personas segregadas). Y, por la parte de los alumnos, como desinterés, agresiones, ausencias, etc.

Son protagonistas de estos conflictos sobre todo los varones. Pero no aparecen en algunos varones, ni en la mayoría de las chicas, más apegadas a la autoridad mediadora de la madre<sup>10</sup> que suelen encontrar vínculos de sentido. Esta vivencia la tengo muy próxima y la veo en mi hija adolescente y en sus amigas, que expresan un sentido de sí mismas y de sentirse en el mundo más firme que sus compañeros, más desorientados.

También en una experiencia realizada con educadoras de secundaria, preguntamos<sup>11</sup> a las alumnas y alumnos cómo imaginaban su vida dentro de quince años. Hemos visto que las chicas tenían proyectos con vínculos más claros y movidos por deseos de realizar prácticas de convivencia más que la mayoría de los chicos, dirigidos a "ideales" guiados por la emoción del poder. (Riqueza, mandos, dominio, etc).

Estos conflictos de los varones, una vez roto el lazo materno, suponen un miedo sostenido a que la dependencia respecto del otro constituya una amenaza a la propia independencia, que el reconoci-

miento del otro lo comprometa a él mismo. El conflicto que se les plantea, en muchos casos a los varones, entre dependencia e independencia, si se torna demasiado intenso, da lugar a una oposición. Planteado así como lucha por el poder, nadie gana, creándose un gran vacío, donde se genera la violencia. No hay vencedores ni vencidos, sólo violencia cuando no hay reconocimiento del deseo del otro.

Esta autoridad mediadora y relacional está más presente en algunas educadoras dentro de los niveles iniciales del sistema educativo. Pero aún en estos se percibe un cierto malestar, porque cada vez se impide más la atención singular, y los controles se extienden a edades más tempranas. Podríamos decir que, en una época de crisis, cada vez hay más usurpación del simbólico materno. Incluso se manifiesta en una instrumentalización de las relaciones, en un forzamiento de los deseos, necesidades, etc... para responder a un mercantilismo que lo atraviesa todo.

Pero, aún con todo, son los jóvenes los que se encuentran inmersos en contradicciones más intensas. Por un lado, se les hace protagonistas del mercado (proponiéndoles falsas identidades) y, por el otro, se les mantiene en una dependencia simbólica en relación a su proyecto de vida en el cual prácticamente no pueden elegir. La deconstrucción de los saberes "oficiales" y "el miedo al saber" que tapa el conflicto con uno mismo les deja totalmente desamparados.

En el contexto actual, en el que se han roto los vínculos, resulta seductora la propuesta de un poder -no ya jerárquico sino fratricida- y de la autonomía personal como fuga o como forma de sojuzgar al otro, siempre eludiendo los vínculos. Autonomía que se diferencia de libertad, que siempre implica el reconocimiento de la dependencia y la existencia de esos vínculos.

Por eso, entiendo el cierre que algunas educadoras hacemos a veces, cierre que significa el no perdernos en ese no-sentido de una

escuela que no es la nuestra, de la escuela de la autonomía, del conocimiento abstracto, de la norma impuesta, de los criterios morales, de las presiones sociales, del forcejeo y la violencia, que no está lejos de nosotras. Algunas la hemos vivido, a otras nos llega en forma de conflictos vivos que aparecen en las aulas. Una escuela que presenta el futuro como destino ineludible, en la que vacío de sentido se nos rompe el tiempo y esto me hace evocar la expresión de Ana Mañeru :

“Si ordenara los días,  
como siempre,  
lo haría de manera  
que casaran otra vez  
para que el tiempo  
quisiera decir algo.  
Pero hoy no puedo,  
pues se me ha roto el tiempo  
y están desconcertados  
por los suelos los días,  
los meses y los años”<sup>12</sup>

Roto el lazo con la autoridad mediadora, la escuela se mueve a la deriva y de ahí nuestra sensación de inquietud, de desasosiego. Algo de la cualidad simbólica de las relaciones está amenazado.

### **El placer de educar**

Tenemos hijos e hijas, chicos y chicas que educar. Hay dificultades, pero si cada día inventamos algo, hay placer y hallaremos en ellos siempre un tesoro a descubrir.<sup>13</sup> Estas palabras nos invitan a continuar algo de nuestra tarea civilizadora que ya, hoy, se está desarrollando en la escuela; a sentirnos autoras de nuestras prácticas.

Esta experiencia y este deseo que no caben en la institución los he

visto vivos en muchas escuelas en las que el aula se convierte en un lugar simbólico para las relaciones. Como un tapiz tejido con historias que se relacionan entre sí y no como una suma de personas y acontecimientos intercambiables, que se desconocen.

Juntos escriben un relato, siempre inacabado, que se abre a nuevas experiencias y en el que la relación viva es la urdimbre. Juntos y separados a la vez, con su singularidad y sus diferencias. Que se acercan, se alejan, forman parejas, grupos, ... La trama se teje con cuidado. La maestra orienta, establece cortes de sentido, da medida, hace viables unos acontecimientos que, encadenando unos episodios con otros, dan un sentido compartido a la historia. Así inician la aventura de saber, en la que tienen cabida la magia, el imprevisto, el tiempo significativo, etc... Donde está presente la emoción del amor, aunque a veces, entre las sombras, aparece la emoción del poder, generando algunos conflictos. Pero cuando aparecen estos conflictos entre la urdimbre y la trama, la autoridad mediadora de la maestra consigue que se resuelvan de forma no destructiva. La presión de los contenidos se substituye por una "sensibilidad epistemológica", que abre la pregunta y que convoca a que se invente una respuesta. La aventura del saber la hace posible el amor. Es el amor lo que hace el saber. Ese amor al sentido que hace lazo con la cultura, con un lugar propio y singular para cada uno.

Es el amor el cambio de posición al reconocernos autoras y protagonistas de nuestro mundo que también es el mundo. Así, al significarnos en femenino, abrimos horizontes de libertad para nosotras y para las alumnas y alumnos. De esta forma, cuanto más nos reconocemos en nuestras prácticas, posibilitamos la emergencia del propio sentido de alumnas y alumnos, que se reconocen a sí mismos al sentirse reconocidos. Así, unos lazos invisibles nos llevan de unas a otras, de forma que la afirmación y el reconocimiento pasan a ser movimientos vitales en el diálogo entre el sí mismo y el otro.

La libertad femenina y la autoridad mediadora que circula en las

escuelas abre horizontes de sentido a la tarea educativa. Es importante para nosotras las mujeres autorizarnos a hacer escuela. Escribiendo este texto me he ido acercando a lo que es mi deseo y me he podido sentir un poco más libre y reconocer lo que hoy ya circula en educación. Me vienen a la mente multitud de recuerdos compartidos con educadoras, y especialmente los más recientes. He tenido la oportunidad de vivir experiencias muy ricas, como la de Carmina una profesora de plástica<sup>14</sup> que me relató una experiencia con niños y niñas de primaria en la que les pedía que enviaran una postal a una persona ausente, a la que querían mucho y añoraban. Por un lado, tenían que escribir una frase a esa persona y, por el otro, tenían que componer unas imágenes (con materiales que ella había traído, recortes de revistas, dibujos) de forma que su composición representase el contenido de la frase. Aunque la experiencia "era secreta", algunos niños y niñas expusieron sus trabajos y eran verdaderas maravillas de sensibilidad, calidad emotiva y expresión simbólica. Su experiencia se enmarca dentro de un interés del conjunto de las educadoras de la escuela por cuidar las relaciones, tanto de los niños y niñas como con las madres y padres. Cada una de ellas desde su experiencia está viviendo encuentros muy profundos que hacen de la vida en la escuela una práctica de relación viva.

También, el nombrar los conflictos, desde el deseo de la relación, me ha hecho descubrir el peligro al saberlo reconocer como una ruptura de lazos, y al reconocerlo no me siento tan vulnerable y puedo reinterpretar el sentido de los conflictos desde el corte de sentido de la diferencia sexual. Y entiendo el lugar de mi apertura a la educación. Descubrir el peligro me hace no sentirme descolocada y abrirme a experiencias, como las de Carmina, que me hablan de ese amor al sentido, que se da en el vínculo, en ese lazo de relación que hace del aprendizaje una experiencia realmente significativa; aprender es dar sentido a la experiencia y permite así abrir nuestra relación con el mundo que siempre es mediada por otras y otros, más otras que otros.

Mi apertura a la educación, es una apertura amorosa, que comparto con otras y también con algunos hombres. De transformación de sí y del otro, de ese hacer mundo que es buscar nuestro lugar y que, de esta forma, es político, encarnado en esa sutileza política que tienen las relaciones cuando son transformadoras.

En palabras de Luce Irigaray, "Politizar nuestras vidas de punta a punta, pero no en la línea de los discursos vacíos, sino en el descubrimiento de palabras, gestos, lugares, cuerpos habitables..." Y una parte central de nuestras vidas es hacer escuela y entiendo que la práctica de relación, más allá de lo institucional, es una fuerza de cambio.

Este es el sentido nuevo que he descubierto en el acto de educar, la atención a lo singular<sup>15</sup> que hace lazo con la cultura que se reinventa cada vez que se abre un nuevo lugar en el mundo. Abriendo caminos, como sucede cuando se abre la vida.

Agradezco muy especialmente a Remei Arnaus y Ana Mañeru, la lectura y corrección del texto.

**notas:**

1. Llegué a Duoda de la mano de Remei y ha sido para mí un regalo. Siempre he sido muy bien acogida especialmente por Milagros Rivera. Sus textos y traducciones nos han permitido entrar en relación con la práctica de la diferencia sexual.

2. Jornadas organizadas por el Instituto Municipal de Educación de Barcelona, con el título *El femení com a mirall de l'escola*.

3. Tomo estas palabras del texto de Remei en este mismo número de *Duoda*.

4. Ana Mañeru, Texto que presentó en Baeza en el marco de la Escuela de Verano de Andalucía (agosto del 2000).

5. Luisa Muraro, *Ideas para una teoría de la autoridad al final del patriarcado*. Ponencia en el II Seminario Andaluz de Formación del Profesorado en Formación no Sexista. Baeza, mayo 1998. Traducción de M.-Milagros Rivera Garretas.
6. M.- Milagros Rivera, *La atención a lo singular en la relación educativa*, "Cuadernos de Pedagogía", nº 293, Julio 2000.
7. *Nacer por sí misma* María Zambrano, horas horas y HORAS, recopilación de Elena Laurenzi, p. 107. En el Seminario al que asistí invitada por Ana Mañeru: *Con figura y vida Propias, seminario sobre las figuras femeninas en la obra de María Zambrano*. Impartido por Elena Laurenzi. Madrid, abril 2001.
8. Testimonios de educadoras con las que hemos compartido las historias de vida realizadas en un trabajo de investigación. Dycicit. Instituto de la Mujer. (Junto con Núria Pérez de Lara, Remei Arnaus, Caterina Lloret, Marta Caramés y Cristina Gallart).
9. *De dos en Dos. Las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana* Marta Bertran, Carmen Caballero, Montserrat Cabré, M.-Milagros Rivera, Ana Vargas. Cuadernos Inacabados. Madrid, horas y HORAS. 2000.
10. Lo plantea más profundamente Clara Jourdan en su texto de este mismo número de "Duoda" (número 21).
11. IES Zafra, en el que he tenido la oportunidad de compartir un espacio de reflexión con algunas profesoras y profesores. Curso 2001.
12. Ana Mañeru en *De vuelta a mí*, Madrid 2001.
13. Hizo este comentario, Jasmina, una mujer invitada en las Jornadas sobre Psicoanálisis y Educación. organizadas por el Instituto de Campo Freudiano y especialmente por Anna Oromí a quién agradezco mi participación.
14. Carmina es profesora de plástica de La Escuela Municipal del Parc del Guinardó de Barcelona. Le agradezco a ella y a todas las maestras de la escuela la experiencia que hemos compartido este curso.

15. M.-Milagros Rivera, *op.cit.*